

Cuernavaca, Mor. 5 de agosto de 2015

11:30 P.M. en adelante...

A la comunidad de amigos, allegados cercanos y familiares de Víctor Ariel:

El que suscribe estas líneas, Dr. Bruno Giovanni Parodi Callejo, médico de profesión, por la UNAM, doy testimonio de ser amigo de Ariel desde 1984, a quien conocí en seguimiento médico de control clínico durante su huelga de hambre en la Escuela Primaria Benito Juárez de Cuernavaca, Mor. (Av. Hidalgo, Centro Histórico) en apoyo fraterno y mancomunado con otro compañero maestro por conflicto laboral magisterial derivado de su postura divergente y opositora a las medidas de despido injustificado, acoso e injusticias diversas implementadas por las autoridades estatales de educación pública del gobierno estatal de Morelos, vigente en ese periodo de gobierno en Morelos, al mando del Lic. Lauro Ortega.

Una huelga de hambre, se convierte en el último recurso moral que un hombre o mujer tienen para defender con el valor y la integridad de la honradez humana, la negativa a aceptar el continuar con el derecho a proseguir voluntariamente viviendo si ello significa aceptar la injusticia, que contrariamente a la dignidad y a la verdad, se ha impuesto desde una instancia de poder en forma ética, moral, o incluso legal, en forma injusta, arbitraria, o incluso, aviesamente perversa.

De esa incipiente relación de amistad surgida tras una semana aproximada de conocimiento mutuo que al tiempo se volvió fraterno, pasarían varios años de no vernos de nuevo hasta reencontrarnos un día a mediados de los años noventas, sin volver a tener contacto físico en la presencia de ambos, hasta el día de hoy, 5 de agosto del 2015.

No obstante, desde el segundo semestre de 2011, lo volvimos a tener, aunque solo por el correo electrónico, y excepcionalmente por vía telefónica por cuatro o cinco veces más, en forma puntual, y en intervalos de tiempo, de varios meses, en cada ocasión.

Sin detenerme en detalles, innecesarios que no vienen ya al caso, debo decir en contraparte, que desde 2014 al menos, he estado al tanto a la distancia, sobre la salud de Ariel, así como algunas de las condiciones restrictivas a que fue sometida su vida, a raíz de aquellos conflictos derivados más de su postura y actitud política, que del cuestionamiento de sus méritos personales o el balance mismo de su quehacer de oficio o del equilibrio ético y moral de sus hechos de vida o su compromiso personal y colectivo para

con el país al que pertenece y se ha debido, como hombre y como mexicano, sin la menor duda, poniendo su palabra y su valor en juego ante los desafíos de la probanza, en forma incontestable.

No puedo externar opinión sobre lo que no he visto o vivido, ni aventurar juicios de valor sobre lo que no he sido testigo para argumentar sobre lo cierto o lo incierto. Hace más de 25 años cumplidos, sin poder ubicar fecha exacta de ello, de no vernos.

Pero del conocimiento y comprensión de mutualidad que dejó esa memoria, rescato y doy testimonio personal de conocer las condiciones diversas de la naturaleza humana; las luces y las sombras las grandezas y miserias de cada vida, la paradoja impostora de los triunfos y fracasos, los personales y los relativos a nuestras afinidades o acciones derivadas de las decisiones que tomamos todos en nuestras vidas.

Sigo teniendo la percepción que apelando a la probanza de la verdad como principio rector, de que la vida que estamos siendo testigos está próxima a llegar a su fin, es y ha sido, sumando y dando balance al todo el conjunto conocido, una singular y estoica lucha de un hombre de contrastes, pero de indudable valía, y ejemplo de valor que no deberá olvidarse, tanto en su varonía personal, así como en su filiación y pertenencia e identidad probada como mexicano, como maestro, y como hombre.

Ello no invalida, el que como todos aquellos que sean sinceros en su amor a la verdad, probados por los hechos, Ariel, no ha sido inmaculado, tampoco. Pero sé que sus luces al tiempo, brillarán muy por encima de sus sombras y tendrá un respeto perenne o continuo en el corazón, hasta que la muerte, nos llame a cada uno en su momento justo.

Como en cualquier otro caso, se podrá estar de acuerdo o no, con diversos aspectos de la visión o proceder de Víctor Ariel en diferentes momentos de su existencia. Pero en mi caso, dado que no puedo hablar más de lo que me autoriza la responsabilidad moral de mí mismo, que las luces humanas de su integridad humana, son con mucho, mayores a las sombras de las debilidades que le conozco o puedo juzgar tras conocer una parte, sustancial, aun cuando parcial, de su naturaleza humana.

Serán tal vez varios, y no solo uno, los diagnósticos que se establezcan a su debido tiempo, cuando su vida finalmente, se extinga. Así pues, Ariel ha transitado desde una Diabetes descompensada con sus complicaciones, a una insuficiencia cardiaca congestiva, con bloqueo de rama e insuficiencia valvular, a un probable coma o compromiso hepático icterico, agravado con

hipertensión portal, pancreatitis aguda, crónica o carcinoma pancreático, (si es corroborado), y la probable insuficiencia renal secundaria y desequilibrio hidroelectrolítico secundarios a una catástrofe vascular mesentérica, o lo que se quiera o se demuestre finalmente.

Como sea, me parece justo decir, que todas estas causas o etiologías médicas, son a su vez, en parte, efectos derivados en el tiempo, de las progresivas consecuencias surgidas de una secuencia de injusticias que en su origen, formaron parte de la sucesiva historia de un despojo, un escarnio de ignominia que llegó hasta la perversidad de la violación y la tortura como medios de silenciar y anular a la persona y su estoica resistencia en intención de desarticular y derrumbar la autoestima, voluntad y dignidad del individuo.

Tras 35 años de ser médico y vivir la medicina, desde la investigación biomédica en la UNAM, así como en 32 años aproximadamente de práctica médica clínica, tanto en la investigación participativa y la investigación biomédica aplicada aparejada del brazo solidario y comprometido de mucha gente, desde el ámbito indígena, campesino, urbano marginal, o en población abierta, desde la enseñanza y aprendizaje recíproco en condiciones de salud intercultural, y mi actual condición como catedrático e investigador en la facultad de medicina, en mi Alma Mater, la UNAM, creo saber en simultaneidad, que la médula estructural de aquello que acaba ahora con la vida de Ariel, tiene raíces con las injusticias y el despojo inmerecido que dimensionaron la vida de Ariel en un infierno donde fue inevitable que la rabia tomase asiento, hasta destruir su paz interior, y no solo su páncreas.

¿Quién tiene que pedir perdón y quien tiene el derecho y el poder para otorgarlo?

Esa memorable respuesta de enero de 1994, que desde Chiapas despertó al mundo entero del letargo de inconsciencia ante la ignominia transparente que no requiere ideologías o doctrinas para interpretarla o tomar postura ante lo intrínsecamente perverso, toma de nuevo, carta de naturalización de nuevo ahora, estando próximo Ariel a transitar de la vida a la memoria histórica del estoicismo libertario. Aun si su vida, como otras, tiene contradicciones o errores en su trayectoria.

Pocos, muy pocos conozco que tengan las agallas que Ariel ha tenido tras las tragedias personales que ha vivido, muchas de ellas, si bien no todas, derivadas de la injusticia, del despojo sufrido, del escarnio público injusto y

perverso, la dolorosa humillación imborrable en la memoria y la dignidad propia impuesta por la bajeza de la condición humana más deleznable, Ariel, ha tenido la grandeza en la honradez de no aceptar la mentira de negociar la verdad, aunque ello, bajo los resultados que vemos, inevitablemente le exacerbe la rabia como bandera libertaria, que hoy destruye no solo su páncreas, hígado, y el corazón mismo en el fuego de dolor con que estos trastornos consumen finalmente a la persona.

El sentido común o lo que creo que es esa voz interna, me invita a intuir que no habrá sanción legal, ni moral siquiera, para quienes de fondo, de entre los que aún permanecen vivos y son parte de esa historia, tienen responsabilidad diversa en la desembocadura de este tránsito hacia otra forma o dimensión de existencia, si apelamos a la cosmovisión de los pueblos originarios o primigenios que dieron lugar a esta nación, hecha subalterna ante su Estado, hoy en clara decadencia espuria, al margen de filiaciones político económicas de la tendencia o naturaleza que se quiera del espectro que vivimos.

No obstante, también intuyo, que a su debido tiempo, la historia de Ariel y la razón de sus luchas y sus posturas, sus exacerbadas posturas, arengas o tesis argumentadas sobre un nutrido atado de asuntos en que su historia personal, su quehacer y su decir en ello, serán conocidos en una más justa dimensión de lo que Ariel vivió y casi nadie supo, y se revalore su dignidad y varonía, aun si no se tiene necesariamente correspondencia con su pensar o proceder en asuntos o hechos donde cualquiera podemos tener divergencias legítimas y honestas.

Hace aproximadamente un mes, a raíz de una llamada de él mismo, que se con cierta profundidad médica de su condición, y progresivo e inevitable agravamiento. Aunque también, inevitablemente limitada la percepción diagnóstica total, por estar limitados inexorablemente por la distancia, sin la observación clara o nítida que solo otorga la presencia y con ello, el abordaje médico apropiado, tanto como posible para revertir lo patológico en la dimensión y los tiempos que la Naturaleza nos dice que es posible, o nos anuncia inexorable que se ha alcanzado o se alcanzará el punto del no retorno a la salud y a la progresión de la vida misma.

Para quien lo hemos conocido en sus hechos fundamentales, me adoso al pensamiento de José Martí, al decir que:

Cuando hay muchos hombres sin decoro, siempre hay otros, que tienen el decoro de muchos hombres. Esos son los que se

levantan contra aquellos que les roban a los hombres y los pueblos su decoro, que es robarles la libertad humana. En esos hombres con decoro, va la dignidad humana.

En mi sentir personal, Ariel o Víctor Ariel, para los demás, ha sido por sus hechos, más que por sus palabras, uno de esos hombres, y no debe olvidarse su memoria y su ejemplo, Aun si en el como en todos, encontramos también contradicciones, excesos o insuficiencias. ¿Quién no las tiene?

Ofrezco copia de los análisis de laboratorio de Ariel de hace poco más de un mes. Quienes permanecen aún en cercanía física con él, saben que medicamente y ya solo en forma complementaria, ofrecemos terapéuticamente lo mejor de lo que hacemos y administramos a diario o en cotidiano frente a casos como el suyo, pues aún en fase terminal defendemos el estoicismo ante lo adverso pues igualmente, los árboles, sin poder moverse o mudarse, mueren estoicos y en silencio, y aun necesitando del agua, no imploran por ella, y siguen dando vida aun con su sombra, cuando su follaje y las ramas mismas se secan.

Así seguirá viviendo Ariel en nuestro corazón cuando se vaya, como analógicamente, Quetzalcóatl al morir, se volvió Tlahuizcalpantecutli, el Señor Lucero de la Mañana, y hasta el día de hoy, ese lucero nos alumbra el amanecer antes de que el sol nos alumbre con su mediodía.

Y parafraseando de nuevo a Martí, concluyo:

Hasta el Sol tiene manchas. Y no hay hombres más perfectos que el Sol mismo. El Sol calienta con la misma luz con la que quema. Los desagradecidos hablan de las manchas, los agradecidos hablan de la luz.

Gracias Ariel por tu ejemplo de vida, refrendado hasta el final. No serás olvidado, tus luces, como los de otros, seguirán alumbrando las veredas...

Tu amigo fraterno

Bruno G. Parodi